

LA GIOCONDA

ÓPERA EN 4 ACTOS

Música del

Maestro Ponchielli

ACTO PRIMERO

El primer acto representa la escena del patio del palacio ducal.

La escena está ocupada por un pueblo numeroso, entre el cual se hallan buen número de más caras. Bernabé, emisario secreto del Consejo, observa á la multitud, teniendo una pequeña guitarra pendiente del cuello.

Pueblo y marineros cantan alegremente; las campanas de San Marcos y la voz de Bernabé anuncian el principio de la regata. La escena queda únicamente ocupada por Bernabé. Aparece Gioconda en compañía de su madre ciega.

La hija guía á su madre al acostumbrado sitio de la puerta del templo que se halla todavía cerrado. En tanto la vieja aguarda, sale Gioconda en busca de su querido Eozo. Detiéndola Bernabé diciéndole que siente por ella vivo amor; pero Gioconda, que conoce la maldad del que la solicita, se escapa de sus manos, lanzando un grito de terror. Celebradas las regatas, vuelve el pueblo llevando en triunfo al vencedor. Bernabé llama á parte á Zuane, y le explica que si ha sido vencido en las regatas se debe á que la cie-

ga ha echado maldiciones sobre su barca y pronunciado palabras mágicas sobre sus remos. El pueblo, que se ha enterado de la relación de Bernabé, se indigna contra la ciega, y pide que como bruja sea quemada viva.

Entran Gioconda y Enzo, que se precipitan en socorro de la ciega. Enzo increpa al pueblo; más no pudiendo vencer su resistencia, corre á la ribera y llama en su auxilio á sus camaradas los marineros dálmatas. Aparecen en lo alto de la escalera de los Gigantes el inquisidor de Estado, Alvise Badecoro y su mujer Laura Adorno, cubierto el rostro con antifaz. Esta pide gracia á la multitud. El inquisidor pregunta de qué se acusa á aquella mujer. Contesta el pueblo que se trata de una bruja, á lo cual observa oportunamente Laura que es imposible porque la ciega tiene un rosario en sus manos. Con esto obtiene su libertad.

Al despejarse la escena quedan solos Enzo y Bernabé. Este se encara con el primero, llamándole por su verdadero nombre de Enzo Grimaldo, príncipe de Santaflor. Enzo queda confuso viéndose descubierto, y contesta que se llama Enzo Giordan, capitán de un buque dálmata. Replicale Bernabé, que aunque todos lo creen así, él sabe que es un proscrito de la República de Venecia, que ama como hermano á Gioconda, la errante cantatriz, y á Laura como verdadero amante. Revelásele como servidor del Consejo de los Diez y añade que aunque podía hacerle condenar al suplicio, prefería verle traidor; que amaba á Gioconda y ésta le odiaba; y que á la noche, aprovechando la permanencia de Alvise en el Gran Consejo, Laura se introduciría en el bergantín de Enzo. Al salir éste Bernabé llama

á Isepo, el escribiente, y le manda extender la delación contra la esposa del inquisidor y contra Enzo. En aquel momento una turba de máscaras penetra en el pátio y baila la Furiana, hasta que se oye el coro que entona en la Basílica vecina el *Angelus Domini*. Gioconda y su madre atraviesan por entre la multitud, apoyadas la una sobre la otra; y la hija sospecha el desvío de Enzo, presiente que su destino es el amor ó la muerte.

ACTO SEGUNDO

Un bergantín que lleva escrito el nombre de *Hécate* en la proa, se presenta anclado en la laguna de Fusina. Marineros y grumetes cantan una «marinaresca», correspondiéndose entre sí la gente de las vergas, del puente y de los sótanos del buque. Al concluir la canción se oye una barcarola de Bernabé, vestido de pescador, en cuyo final se expresa la esperanza de que aquella noche va á caer una «sirena» en la red. Los marineros le hacen coro, hasta la salida de Enzo, que da las oportunas órdenes á la tripulación para la próxima partida á Palestina. Ejecutadas estas órdenes, despide á los marinos y se queda solo en el puente montando la guardia. Al poco rato, descubre una barca que se acerca al bergantín. La voz de Bernabé da aviso á Enzo de que alguien va á subir á bordo; échale el capitán una amarra, y á los pocos momentos Laura cae en brazos de Enzo. Bernabé se retira deseándoles próspera fortuna. Al sonido de aquella voz Laura se cree perdida y desea huir; pero el capitán la tranquiliza, diciéndole que Bernabé es precisamente quien les ha proporcionado aquella entrevista. Concluido el imprescindible duo

de amor, Enzo invita á Laura á quedarse sobre cubierta, mientras él baja á dar las últimas órdenes. Laura, que ha quedado sola, ora ante una imagen de la Virgen é invoca su perdón por el acto que acaba de ejecutar. En medio de su oración se le aparece Gioconda, que se hallaba escondida debajo de la proa, y revela á Laura que ama al mismo hombre que ella y que tiene preparada su venganza. Laura quiere despreciarla; amenázala Gioconda con el puñal; pero en vez de herirla le señala, para mayor expiación, una negra barca que se aproxima y que conduce á su marido. Laura arroja un grito de desesperación; pero acordándose de que tiene en sus manos el rosario que le había dado la ciega, recobra la esperanza é invoca el favor del cielo. Gioconda, al contemplar aquel rosario que en muestra de reconocimiento dió su madre á Laura cuando ésta le salvó la vida, arrastra á su rival hacia la ribera para protegerla. A la voz de Gioconda atraca una barca, entra en ella Laura y desaparece por el canal. Bernabé ha presenciado esta maniobra y avisa al inquisidor lo que ha pasado, previniéndole que á fuerza de remos podrá alcanzar la barca que huye.

Enzo sale en busca de Laura, y con gran sorpresa encuentra en su lugar á Gioconda. Los celos de ésta le hacen decir que no es amado de Laura, y le señala al efecto la barca que rápidamente se aleja de allí. Enzo hace ademán de seguirla por el muelle; pero Gioconda le manifiesta que de hacerlo, encontrará la muerte. Añádele que un infame lo ha descubierto al Gran Consejo, y que solo puede salvarse escapando á fuerza de velas. En aquel momento, oyesse un cañonazo, anuncio de que las galeras de la re-

pública van á echarse sobre el «Hécate». Elébase entre los marineros del bergantín la voz de «sálvese quien pueda»; pero Enzo pega fuego á Santa Bárbara y se echa al mar, pronunciando el nombre de Laura. La pobre Gioconda siente un arrebató de celos ante aquel recuerdo.

ACTO TERCERO

El primer cuadro pasa en una habitación de la Casa de oro. Alvises, presa de violenta agitación, forma proyectos de venganza contra su mujer, cuya infidelidad se promete castigar por medio del veneno. Entra Laura en escena, llamada por su esposo, y oye de labios de éste la terrible sentencia que la aguarda. En vano suplica Laura. Alvises le señala en el cuarto vecino un confesor y un ataúd, diciéndole «aquí está tu tálamo».

En este instante oyesse cantar una serenata en las aguas del canal. Alvises entrega un frasco de veneno á Laura y le ordena que apure su contenido antes de que concluya aquel canto. Parte Alvises; y Gioconda, que había entrado en la habitación y ocultádose en su fondo, corre hacia Laura, arrebatándole el frasco y le entrega otro que contiene un narcótico. Explica Gioconda á Laura, que á previsto su suerte y que en su virtud tiene preparado lo necesario para salvarla. Invita á Laura á beber aquel narcótico, que ha de darle una muerte aparente; y añade que ella ya procurará lo demás, que ha dejado á su madre orando, y que tiene á sus fieles cantores al pie del palacio para lo que sea menester.

El segundo cuadro tiene lugar en un salón regiamente dispuesto, contiguo á la cámara

mortuoria de Laura. Alvise recibe y cumplimenta á las damas, caballeros y máscaras que van entrando. El coro entona himnos á la virtud y al amor, mientras una mascarada ejecuta el hermoso baile de las Horas. Al terminar el baile, Bernabé entra en la sala arrastrando tras de sí á la ciega, á quien dice haber encontrado sembrando maleficios. Contesta la ciega que estaba orando al pie de un lecho mortuario, y confirma su declaración el sonido que se oye de la campana de los agonizantes. La multitud confusa y aterrada trata de abandonar aquel salón, donde no puede ya reinar el placer; pero Alvise manifiesta que estando él alegre, nadie tiene derecho á demostrar tristeza en su presencia. Enzo arroja entonces la máscara y dice, encarándose con Alvise, que á él le cabe tal derecho; pues el Inquisidor le ha robado amor y patria. Alvise abre las cortinas del cuarto inmediato y muestra á los circunstantes á Laura, diciendo que la hizo morir por su mano por haber ultrajado su honor. Enzo precipitase, puñal en mano, contra el verdugo de Laura; pero los guardias lo detienen y se lo llevan del salón. El acto termina en medio de una consternación general.

ACTO CUARTO

Desarrollase la acción en la isla de la Giudecca, en el átrio de un derruido palacio. Al levantarse el telón, Gioconda se halla sola en la escena, absorta en sus tétricos pensamientos. Entre tanto avanzan por el fondo de una oscura callejuela dos hombres transportando á Laura, envuelta en un ancho paño negro. Llaman, ábreles Gioconda, y depositan el cuerpo de Lau-

ra en una cama oculta detrás de un biombo. Gioconda quiere recompensar á los cantores que le han servido, pero se niegan, diciendo que las obras de amistad no admiten recompensa. Encárgales al mismo tiempo, Gioconda que hagan lo posible para encontrar á su ciega madre, desaparecida desde la última noche sin dejar rastro de su paradero. Al quedar sola Gioconda acaricia un puñal y el frasco del veneno destinado á Laura, complaciéndose en la idea de un suicidio.

Gioconda se halla presa de la más terrible desesperación, cuando Enzo penetra en el átrio y pregunta á Gioconda que es lo que desea de él, después de haberle arrancado de la cárcel. Contéstale Gioconda que desea darle «el sol, la vida, la libertad infinita, el placer y el porvenir, el amor y el paraíso». «Deliras, repícale Enzo, en vano sonries á un moribundo, el amor no puede ya servirme de bálsamo, ni darme su luz el mundo. Sólo deseo besar otra vez todavía el santo féretro que sepulta á mi pobre Laura.» «Pues bien, respóndele irónicamente Gioconda, cumple tu deseo, héroe desolado y fiel; el féretro de Laura está vacío, ¡yo lo he vaciado!» «Mientes, exclamo Enzo.» «Lo juro por aquella cruz, le interrumpe Gioconda.» «Furibunda, hiena que socavas los cementerios, Euménides maldita celosa de la muerte, dime dónde se halla mi ángel, ó mueres ahora mismo al golpe del puñal.» «¡Oh placer, exclama Gioconda, muerta por su mano!» Al tiempo de lanzarse Enzo á herirla, aparece Laura pronunciando el nombre de su amante. Gioconda se ha retirado cubriéndose la cara con el manto. Esta nota aquella sombra, y el horror le hace pronunciar el nombre de Al-

vises. Enzo la tranquiliza; Laura reconoce á Gioconda, y dice á su amante que ella le ha salvado la vida. Entonces Enzo confiesa su error, y cae junto con Laura á los pies de Gioconda.

Durante este cuadro oyense de nuevo en el canal las lejanas voces de los cantores compañeros de Gioconda, que entonan aquella serenata, que fué para Laura canción de felicidad en vez de serlo de muerte. «Ahí están, dice Gioconda, á la feliz pareja, los remeros que os pondrán en salvo.» Todo está previsto para que no encontréis obstáculos. A las primeras horas de la mañana el sol de Iliria alumbrará plenamente vuestra dicha.

«Ahora puedo morir», exclama Gioconda, apoderándose del frasco de veneno. «Mas no todavía, interrumpese luego, tengo que buscar á mi madre.» Pónese á orar y recordando el odioso pacto que ha hecho con Bernabé, trata de huir. Pero en aquel momento aparece Bernabé reclamando el cumplimiento de la promesa contraída. «No faltaré á ella, replica Gioconda, pero déjame que antes me adorne para tí, con todo el oropel que he usado en los sitios donde canté. Toma, le dice á Bernabé cuando estuvo vestida con su traje de fiesta, toma mi cuerpo», y se clava un puñal en el corazón. Bernabé se ceba todavía con su víctima, pues inclinándose á su oído le dice con furioso acento: «Ayer me ofendió tu madre; hoy la he ahogado en el canal.» Pero Gioconda no pudo oír aquellas horribles palabras, había espirado ya.

Venta de argumentos:
Calle Xuclá, 3 y 5, tienda.